

El desarme y Tolstoy

Por JOSÉ SILVANO

EN estos momentos cuando las potencias imperialistas hacen un esfuerzo supremo para conciliar sus armamentos con la subsistencia, es muy oportuno recordar la opinión del formidable genio ruso, cuyo humanitario misticismo desparrama sobre toda la vida moderna una claridad de vida nueva, una esperanza de salvación universal.

Para Tolstoy, existe una contradicción trágica entre el sentimiento de paz universal de que se sienten animados la mayoría de los hombres de todos los pueblos, y la posibilidad en que todos ellos están de amanecer cualquier día matándose con sus vecinos, gracias a la voluntad del hombre o del grupo de hombres que los gobiernan. Esta contradicción trágica es tan terrible, que si los hombres no tuviesen para idiotizarse y no pensar en ella el vino, el tabaco, el opio y el juego, se suicidaría la mayor parte de ellos. Antes de la guerra había sesenta mil suicidios por año en Europa, en efecto.

La actitud de los políticos y pensadores europeos, la encontraba Tolstoy, a fines de siglo, dividida en tres categorías: la de quienes consideraban la paz armada como algo ocasional, susceptible de mejorar por simples medidas internacionales y diplomáticas; la de los que la consideraban como algo tremendo y atroz, pero inevitable, como las enfermedades o la muerte; y la de los que encontraban la guerra necesaria, bienhechora y deseable.

Esta última clase de propagandistas, puede darse por definitivamente terminada con el fracaso de los Berhardi y demás teóricos desenfrenados de la matanza. Quedan las otras dos clases de pensadores y políticos.

En opinión de Tolstoy era una vana ilusión que los gobiernos se propusieran, o se les sugiriese licenciar sus ejércitos y someter sus diferencias al arbitraje; con efecto, todos miramos, después de veinticinco años, hacia la *Maya* con tristeza y desencanto. Tolstoy con agudeza ejemplar, arguye que los gobiernos tienen un trabajo bastante difícil en reclutar y sostener sus ejércitos; si se toman ese trabajo es sencillamente, porque no pueden hacer otra cosa; al gran filósofo le parece que exigirles a los gobiernos que reduzcan la extensión de su fuerza es como exigirle el suicidio a una persona. Los gobiernos actuales no reposan sino sobre la fuerza.

En cuanto a los congresos y ligas y conferencias, opina Tolstoy que si hay alguna fuerza capaz de hacer que las

potencias reduzcan sus armamentos, esa fuerza no podría ser, sino la opinión pública o el mutuo acuerdo de las potencias: ahora bien, si esas fuerzas pueden lograr eso, también podrían lograr la completa supresión de los armamentos y de las guerras. Pedir a los gobiernos la reducción o supresión de los armamentos equivale a pedir a los comerciantes no vender nada a precio superior al costo; que se ocupen sin beneficio en la distribución de las riquezas, y luego suprimir el dinero, que ya sería inútil. La invitación a los gobiernos a no emplear la fuerza y resolver con justicia sus diferencias, es un consejo de suicidio. El error proviene de que los jurisconsultos, políticos y pensadores, parten del principio de que el gobierno es una cosa distinta de lo que es en realidad: una reunión de hombres que explotan a los demás. La justicia nunca ha sido, ni puede ser, obligatoria para aquellos

que disponen de hombres armados dispuestos a la violencia, y que dominan a los demás.

Para el enorme apóstol moscovita, la resolución de tan complicada e inextricable cuestión depende simplemente de la actitud personal que asuma cada hombre ante la cuestión moral y religiosa siguiente: la legitimidad o ilegitimidad del servicio obligatorio. Si la mayoría de los hombres resuelve negativamente en su conciencia esta cuestión; si llegan a convencerse de que ninguna imposición moral ni religiosa los obliga a matar a quienes ni siquiera conocen, por la simple voluntad de un individuo o de un grupo de individuos amorales y explotadores, la cuestión se habrá resuelto por sí sola.

Ante los repetidos fracasos sufridos por los pacifistas desde los tiempos en que era el Zar mismo quien proponía la limitación de armamentos, vale la pena meditar en las palabras del más alto espíritu de la edad moderna, sobre todo si fracasa también la Conferencia de Washington.

(Heraldo de México. México, D. F.)



Sobre un ensayo del Sr. Brenes Mesén

Por OMAR DENGO

Los estudiantes costarricenses de filosofía y psicología podemos enorgullecernos de que la última publicación de Brenes Mesén sea obra de un coterráneo. Aludo a *El Misticismo como instrumento de investigación de la verdad* (1). Yo esperaba desde hace algún tiempo la aparición de tal ensayo, como espero, con ansiedad, el que ha venido preparando acerca de Heráclito. El autor tuvo para mí, en 1916, la condescendencia de comunicarme las ideas matrices del ensayo publicado y de mostrarme las líneas generales del plan a que proyectaba sujetarlo.

Lo que primero me ha impresionado de la lectura, ha sido la habilidad, realmente admirable, con que Brenes Mesén ha podido sintetizar un tan vasto conjunto de ideas, como el implicado en el curso de pensamiento seguido para remontarse a la conclu-

sión final del ensayo. Si no recuerdo mal, hay modificaciones sustanciales en el plan del trabajo, las cuales si benefician la síntesis, en cambio quizá perjudican la difusión de las ideas. La poderosa síntesis velará para la mayoría el fecundo contenido de las proposiciones, las cuales son fruto primoroso de honda y serena creación filosófica. Además, ella es principalmente flor de «experiencia mística» y no bastará para admirarla el «modo reflejo de pensar místico».

..

PERO mi mayor complacencia viene, más que de la arrogante fuerza del ensayo, del triunfo de su autor. Porque esta obra de Brenes Mesén está rodeada en el mundo del actual pensamiento filosófico, de profundas y gloriosas afinidades con la labor de ciertos hombres a quienes alguna vez se ha llamado o cabe llamar «los profetas de la nueva era del espíritu».

(1) Editado por el Sr. García Monge en la sección BIBLIOTECA del REPERTORIO AMERICANO. Precio: 50 céntimos.